PAISES



UNION SOVIETICA

Peres, con ese, es "después" en ruso, y troika se llama el viejo carro de tres caballos. Mijail Gorbachov, número uno de la URSS, compuso la palabra "perestroika", después del carro, para nombrar el proceso de reestructuración de la sociedad soviética, y esa expresión, junto con "glasnost", que significa "transparencia", atrae la atención que sólo merecen los grandes fenómenos mundiales. Pero "glasnost" y "perestroika" son hoy, en la URSS, una nueva forma de vida, como cuentan en esta edición un periodista argentino de viaje por Moscú y Leningrado, un crítico soviético de teatro obsesionado por descubrir sus propias culpas y un novelista que murió antes de que saliera su novela.

Buenos Aires-Moscú

UNO PARA EL OTRO

Isidoro Gilbert, argentino, uno de los corresponsales en Buenos Aires de la agencia de noticias soviética TASS, dijo a **Página/12** que "en este momento la Argentina y la Unión Soviética tienen coincidencias notorias en temas de política internacional, sobre todo en las grandes cuestiones contemporáneas como la no militarización del espacio cósmico, el desarme, la prohibición del armamento nuclear y la solución pacífica de las controversias".

"A estos acuerdos básicos –dijo Gilbert– hay que agregar el frecuente intercambio de opiniones, a nivel de expertos, en asuntos internacionales. Y desde luego, la visita del canciller Caputo, la del propio presidente Alfonsín y el reciente viaje de EdouardShevardnadze, el primero que un embajador soviético realiza a la Argentina en 41 años de relaciones bilaterales."

–¿Cuál es la situación en el plano económico-comercial?

–La Argentina y la Unión Soviética tienen estructurada una verdadera trama de convenios, disposiciones y acuerdos en diversos niveles de intercambio –económico, técnico, científico, tecnológico– que determinaron la forma en que se desarrollarían las relaciones en este plano. Y utilizo el pasado porque las disposiciones fueron resolviéndose durante diversos gobiernos que ha tenido la Argentina. Desde los convenios de pago, a fines de los años 40, hasta el último convenio cerealero firmado por Alfonsín en 1986. Pasando por los convenios de transporte marítimo, en tiempos de Onganía y luego Lanusse; los convenios sobre comercio y colaboración científico-técnica en el último gobierno de Perón y los convenios cerealeros firmados en los últimos años.

–¿Cuánto pesa el factor comercial en las relaciones políticas?

–No se puede desconocer la fuerte influencia del factor comercial, pero no por ello hay que sobredimensionarlo. Hay que partir de la base de que una relación comercial no es "benéfica". El beneficio lo buscan las partes para sí. En el caso particular de la Argentina y la Unión Soviética, la relación política ha sido influida por la comercial. Este es un dato objetivo, un hecho histórico. Pero también incidió la política mundial, el marco general en el que se daba esa relación. Le digo esto porque creo que usted se está refiriendo al período en que los militares gobernaron la Argentina, desde el '76 en adelante...

–No, pregunté en general, pero ya que usted cita este caso particular podría profundizarlo.

–Hay que ser cuidadosos en este tema. Yo le podría decir que las relaciones franco-argentinas durante el período de la dictadura, en la faz comercial, han sido varias veces superiores al nivel de intercambio actual. Y esto no implica que los franceses hayan apoyado al gobierno militar y no apoyen al régimen democrático. Así planteado, esto es falaz. En el caso particular argentino-soviético entre 1976/83, yo diría que el peso del factor comercial se traduce –del lado argentino– en una actitud de bajar el tono del discurso antisoviético, aunque claro, esto no ha sido lineal. En un primer momento, el gobierno argentino no tenía mayores expectativas en el mercado soviético. Fue la crisis mundial la que la llevó a estrechar vínculos económicos con la URSS. Como contrapartida, el gobierno soviético de entonces adoptó una política absolutamente "aséptica" con respecto a la dictadura militar.

–¿Qué modificaciones introduce en la política exterior soviética el actual proceso político encabezado por Gorbachov?

–Personalmente, tengo la impresión de que ahora la propia sociedad soviética mira menos estereotipadamente al mundo exterior.



Mijail Gorbachov con Ronald Reagan, en la última cumbre, en 1985.

EL DESARME, SIN INGENUIDADES

Por Hernando Kleimans

El análisis puede partir desde puntas distintas. O bien comienza censando cañones, cohetes y ojivas nucleares, o bien se decide por las estadísticas del desarrollo en base al desarme.

En este segundo parámetro se maneja la política exterior soviética. A diferencia de los Estados Unidos, activa participante de la reciente conferencia internacional sobre desarrollo y desarme celebrada en la ONU, la URSS planteó nuevamente propuestas de desarme, ligadas esta vez con la potenciación del papel del Consejo de Seguridad de la ONU. Por supuesto, en Washington consideraron esta iniciativa poco menos que "ingenua".

¿Pero qué tiene de ingenuo el proponer trasvasar parte del billón de dólares que gastamos en armamentos, a las necesidades –infinitamente más pequeñas– de los países en desarrollo? ¡Sólo ocho millones de dólares le hicieron falta a la Organización Mundial de la Salud para erradicar la viruela del planeta!

Ahora, Shultz se llevó de Moscú la propuesta de una moratoria en la construcción y despliegue de nuevos sistemas misilísticos, mientras ambas potencias se ponen de acuerdo en la otra propuesta soviética sobre reducción en un 50 por ciento de los armamentos ofensivos estratégicos.

El interés soviético por estas propuestas está evidentemente vinculado con su necesidad de construcción pacífica. La URSS requiere ingentes recursos económicos para sus programas de *perestroika*. Esto alerta a determinados círculos occidentales. ¿Por qué? ¿Será demasiado ingenuo suponer que ese crecimiento económico interno nada tiene que ver con el narcotráfico, golpes de Estado, acciones terroristas, proteccionismo, dumping, sabotaje económico, etcétera, es decir, con el panorama a que nos tienen acostumbrados otros centros de poder, no socialistas?

Se puede coincidir con quienes pretenden negar esa posibilidad de desarme, en aras de impedir el desarrollo económico soviético. Pero así, ¿a quién beneficiaríamos? En primer lugar, a las empresas componentes del Complejo Militar-Industrial, como definió Eisenhower a la industria bélica de su país, dominadora de un 70 por ciento de la economía estadounidense. En segundo lugar, a los detentadores de armamentos, es decir, a los grupos reaccionarios de diferentes países. En tercer lugar, a la crisis y a su desarrollo, ya que centenares de miles de millones de dólares dejarían de ser enviados a la reproducción económica y continuarían incinerándose sin producir riqueza alguna. El reciente "octubre negro" de Wall Street es un claro ejemplo de ello.

Gorbachov ha sido extremadamente claro al decir, en el XXVII Congreso del Partido Comunista de la URSS: "Tendemos sinceramente la mano de amistad y cooperación a todos los que están a favor de las negociaciones inmediatas sobre el cese total de los ensayos nucleares, por la reducción y eliminación total del arma nuclear, por el desarrollo de las relaciones internacionales sobre los principios de la igualdad y la seguridad universal. Nuestra puerta continúa abierta para las negociaciones. Pero para todos debe estar clara también otra cosa. Nuestro amor a la paz no tiene nada que ver con la debilidad. El trabajo pacífico de los soviéticos está firmemente defendido. Las poderosas Fuerzas Armadas de la URSS, dotadas de todo lo necesario, salvaguardan las conquistas del socialismo".

Hace casi dos años, el 15 de enero de 1986, la URSS propuso un vasto plan de suspensión y liquidación de la carrera armamentista, especialmente la nuclear, hasta finales del presente siglo. Este programa no atañe solamente a las dos grandes potencias, sino a todos los países. Todos están interesados en suprimir la violencia o la amenaza de violencia como factor decisorio en sus desarrollos particulares.

En este sentido, una de las barreras más importantes colocadas en el camino del desarme la conforma la teoría del "neoglobalismo" o de las "guerras de baja intensidad" impulsada por el Pentágono. Su esencia, dice Gorbachov "es un desprecio absoluto por las normas universalmente reconocidas de las relaciones internacionales, es un atentado a la soberanía de los Estados, es la misma desesperada tentativa de privar a los pueblos del derecho a organizar su vida según su propia voluntad". En el período posbélico, estos "conflictos bélicos de baja intensidad" –en los que EE.UU. tuvo un papel preponderante, dicho sea de paso–, segaron diez millones de vidas humanas.

Por eso, la concepción soviética de un sistema omnímodo de seguridad internacional, recientemente planteada por Moscú, se orienta a desarrollar el diálogo con el fin de reestructurar las relaciones internacionales sobre la base de una paz firme para todos los pueblos y Estados. Su esencia consiste en eliminar de todas las esferas de las relaciones interestatales la violencia o la amenaza de recurrir a ella. Porque, en las actuales circunstancias, ningún Estado, por poderoso que sea, puede esperar que podrá defenderse con medios técnicos-militares puros y nada más. La firme seguridad de todos los países y pueblos, las condiciones pacíficas para su desarrollo y el progreso pueden asegurarse, dice la URSS, sólo con medios políticos, con los esfuerzos conjuntos de todos los Estados, grandes y pequeños, industrializados y en vías de desarrollo, sin distinción de su régimen político y social.



Marcha pacifista en Leningrado. Los carteles critican la guerra de las galaxias.



Moscú por Bild Roger Steinberg.

LA AUTOCRITICA DE UN CRITICO

"NOS INTERESABAN MUY POCO LOS INDIVIDUOS CONCRETOS"

Por Valeri Turovski

Redactor de la revista *Teatro* y crítico de teatro y cine, Turovski publicó el artículo que sigue sobre sus propias culpas y la psicología servil de los años pregorbachovianos, en *Novedades de Moscú*, la publicación más audaz de la glasnost.

LLEGO el tiempo soñado por mí y por muchos de mis colegas. Y nos tomó de sorpresa. Cuántas veces con un suspiro decíamos: "¡Si pudiéramos escribir de este tema!". "¿Y acaso nos darán permiso para hacerlo?", nos afligíamos. "¿Quién nos permitirá publicarlo?", nos lamentábamos.

Y todos estos años, esperamos que llegara, tarde o temprano, la hora en que todo fuera autorizado, cuando nos permitieran escribir al libre albedrío.

Por largo tiempo hemos esperado que llegue la hora, y cuando llegó nos entristecimos.

Por cierto, no todos se entristecieron. Recientemente, con gran asombro leí en un periódico central las digresiones, al mejor estilo pastoral, de un prestigioso crítico de cine, quien instaba a sus colegas menores a cambiar de actitud cuanto antes. Se indigna por los errores del pasado, expresa cuán entrañables son para él las reformas positivas, y con aire filosófico nos alecciona y nos incita precisamente a nosotros, quienes aún no hemos transformado nuestro modo de pensar y obrar.

La lectura de ese artículo fue fascinante, especialmente si el lector ignora que hace unos cuatro años ese mismísimo crítico –el único del país– aleccionó, con voz atronadora, al realizador Román Balayán, autor del film *Vuelos en el sueño y en la realidad*, diciendo que este film era nocivo para el pueblo.

¡Esto sí es una metamorfosis! Difícilmente podríamos superar a tales individuos. Y, francamente, diré que no tengo muchas ganas de emular con ellos.

Mi generación de críticos teatrales y cinematográficos comenzó su carrera en la época en que no era reglamentario manifestar lealtad alabando films y espectáculos malos (que, desde el punto de vista de los jefes, eran buenos). Uno podía callar y contemplar con gran curiosidad cómo los colegas más astutos se desgañitaban para acreditar como obra de arte una de tantas chapuzas epopéyicas, para las cuales se desperdiciaban kilómetros de cinta. Nosotros no decíamos que lo blanco era negro, y lo negro era blanco, y nos envanecíamos mucho de nuestra firmeza de principios y nuestro pundonor insobornable. Pero tampoco decíamos blanco lo que era blanco, y negro lo que era negro, prefiriendo algo que era tanto blanco como negro, o mejor dicho, gris y mediocre. Recurríamos a los tonos y colores neutros, sin comprender que con ello neutralizábamos y nivelábamos nuestro oficio. La crítica dejó de ser crítica.

Perfeccionábamos el lenguaje de alusiones, alcanzando tanta pericia en ello, que el lenguaje de Esopo se nos hizo más entrañable que el lenguaje de Pushkin.

¡Habla!

Pero ahora, cuando lo que hace falta no son las alusiones, sino un estilo directo, cuando ya no hay por qué romperse la cabeza inventando cómo lanzar la indirecta de que tal espectáculo está lejos de ser una obra maestra de nuestro arte teatral, cuando el título de la pieza "¡Habla!" de mi amigo Alexandr Buravski se convirtió en un eslogan, de repente quise callar. Antes de decir algo, quise meditar. Y meditar es doloroso.

Pero tendremos que presentar excusas. Por ejemplo, explicar por qué, en casi veinte años de carrera periodística y crítica, yo no he podido ayudar a nadie. Pensar en ello ahora es muy doloroso.

El problema era que nos interesaban muy poco individuos concretos, y nadie se mostraba dispuesto a prestarles ayuda efectiva. Lo que importaba era un solo factor (que yo llamaría "inhumano"): dónde residía la persona que necesitaba ayuda.

Esto es absurdo, estoy de acuerdo, pero precisamente tales sandeces fueron moldeando nuestras almas y nuestras personalidades. Poco a poco nos habituamos a esas mismas sandeces, se convirtieron en norma, y llegamos a saber que si alguien pide ayuda desde Ucrania o Uzbekistán, desde la Pequeña Tierra o desde el Teatro Bolshoi, mejor que se callara la boca, porque nunca sería oído.

Yo no lo entendí de inmediato y de vez en cuando reaccioné a los gritos de ayuda, intenté viajar al sitio de donde venía la carta, pero luego, después de chocar una y otra vez contra los escritorios de los funcionarios, llegué a la conclusión de que ni lograría mi propósito ni conservaría mi imagen propia. Pero aún no entendía que reconciliarse significaba perder la imagen propia. Y la mano ya no obedecía las órdenes del cerebro: oía "Cheliábinsk", pero escribía "en un lugar cualquiera".

Un encorvado

Esto no es un acto de lamentación por una juventud llena de adversidades, no es un intento de confesar pecados e inmediatamente achacarlos al difícil período en que viví, a la sociedad y a las circunstancias. Cualquier época y cualesquiera circunstancias sólo doblegan a quienes dan su brazo a torcer. ¿Para qué lamentarse entonces?

A muchos de nosotros, ese período no nos doblegó, pero en cambio nos hizo bajar la cerviz. Quién sabe, tal vez, la figura de un crítico encorvado, cuyos ojos irradian gran deferencia hacia el jefe y quien sostiene en las manos, en vez de un artículo crítico, un encomio triunfalista, tenga un aspecto aún más monstruoso y grotesco...

Repito que estas notas de ningún modo son una lamentación, sino más bien un intento de explicar lo difícil, lo doloroso, lo penoso que es el proceso del cambio interno de una persona. En la frase "El cambio es el asunto personal de cada uno" quisiera destacar, como palabra clave, el vocablo "personal".

Yo admiro la ligereza y la disposición con la cual se dieron al cambio precisamente aquellos que también antes vivían a sus anchas. Los heraldos voluntarios de la reforma fueron muy rápidos en captar una idea sencilla: lo único que hace falta es dar un parte, como en los tiempos de antaño, de que el plan de la reforma se sobrecumplió en los plazos más breves posibles y con los gastos mínimos. (Agregaremos que se trata de los gastos del tormento moral.) Hay que decir que el proceso de cambio abarca a más del 120% de la población consciente, que este proceso se lleva a cabo de arriba a abajo y de izquierda a derecha, que los de menor conciencia se autocritican devotamente, pidiendo que la sociedad los repudie. Es todo muy simple, como ha sido siempre. Antes, daban informes triunfalistas de lo realizado, aun sin saber qué debían realizar, y ahora, machacando unas cuantas frases en boga, ya se ponen por delante del progreso.

Como conformistas que son, percibieron el proceso renovador como otra coyuntura, de la cual también podrían sacar partido. Antes, aleccionaban a quienes osaban marchar adelante, hoy, aleccionan a quienes se tomaron la libertad de rezagarse un poco.

Creo que el cambio les cuesta más a aquellos que ya antes intentaron hacer algo para que esto sea posible. El hombre tiene debilidades, y siempre desea exagerar un poco el significado de su persona en el proceso histórico. Pero realmente –lo juro– he logrado hacer algo en esta vida, por lo cual no tengo por qué avergonzarme. E incluso puedo destacar que desde mis años mozos "sufrí por ser crítico", o sea, por aquello que fue, y espero que siga siendo, mi profesión. Fui expulsado del Instituto Teatral de Kiev por publicar una mordaz reseña de una película mediocre de un profesor mediocre de mi instituto. En cierta ocasión tuve que explicar al colega de redacción de un periódico central cómo me las ingenié, con astucia y perfidia, para publicar en dicho periódico un artículo donde critiqué los films de los tres primeros secretarios de las uniones de cineastas de repúblicas federadas; entre otros pocos, critiqué a la TV central en aquellos tiempos idílicos cuando sólo se autorizaba encomiarla, porque la TV estaba fuera de toda crítica.

No estoy pintando un autorretrato en tonos azules. En mi trabajo tuve que recurrir a ardides, callé cuando era necesario callar, maniobré y hasta fui hipócrita. Yo no busco justificaciones ni circunstancias atenuantes. Porque, cuando has vivido la vida con unos, es ocioso presentar excusas a otros: la culpa siempre es la culpa, por mucho que uno se estima a sí mismo.

Mas, no obstante, ¿por qué, cuando llegó la hora que ni siquiera habíamos imaginado, cuando por todas partes dicen: "¡Habla!", a uno le es difícil hablar, le es difícil escribir, y sólo se sumerge en los pensamientos?

Uno piensa en que no tiene derecho moral de hablar de la reforma, ya que no puede alegar que su pasado sea impecable. Uno piensa cómo erradicar la psicología servil, cuya reincidencia aún se deja sentir.

Debemos recordar más a menudo cuán difíciles han sido los años vividos. No los borramos del recuerdo, no los desechamos, porque se han convertido en carne de nuestra carne. Son nuestros años, ¿cómo renunciar a ellos? Para no repetir los errores del pasado reciente, hay que pensar más en ello. Pero pensar es doloroso. Y cuando el dolor se apacigüe, mediante el arrepentimiento, y cuando llegue la purificación y la curación, únicamente entonces podremos decir con certeza que la reforma se consumó en todos, en cada uno de nosotros y en todo.

Cuando ya no queda nada en qué confiar el hombre empieza a creer en la esperanza. Los mejores años de nuestra vida coincidieron con tiempos nada perfectos. Pero, incluso en los momentos más desesperados, seguimos acariciando la esperanza. Pero no podíamos suponer que en vez de cambios paulatinos y mejoras aisladas nos iban a proponer un programa completo de acciones realmente revolucionarias. ¿Quién hubiera creído que muchos de nosotros no estaríamos preparados precisamente para la acción, en la cual ni siquiera pensábamos? Tal vez, porque temíamos pensar, para no sufrir ese dolor.

Pensemos ahora, por muy penoso que sea. Pensemos en la manera en que debemos actuar. Y actuemos tal como pensamos.

Yo no vislumbro otro camino. Quizá, no existe. Seguramente, no existe otro camino.



SETENTA AÑOS DE PERESTROIKA

La salva del crucero **Aurora** marcó hace 70 años el nacimiento del mundo socialista, el establecimiento de una sociedad que aún no registraba la historia, el paso indetenible hacia una sociedad sin explotación, basada en un sistema de democracia de masas.

Hoy la sociedad soviética avanza por la vía de la reestructuración, del aceleramiento y la renovación *(perestroika)*, adquiriendo una nueva calidad de vida.

La *perestroika* es hija de la Revolución de Octubre, es su legado revolucionario en la práctica social de hoy.

La aparición del socialismo en la palestra mundial ha apuntalado los cimientos de la paz universal, ha restringido las posibilidades de las fuerzas agresivas y limitado el dictado de las potencias imperialistas. Ha permitido librar en la práctica una lucha enérgica por el desarme, ha provocado una afluencia de masas al movimiento antibélico. Ha contribuido a liquidar el sistema del colonialismo y ha puesto en el orden del día de la historia la democratización de las relaciones internacionales sobre principios de igualdad y respeto mutuo.

La Revolución de Octubre ha ligado la suerte del socialismo con la suerte de la paz y el progreso social; en síntesis, con los destinos de la humanidad.

La **Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la URSS (SARCU)**, interpretando el sentimiento del pueblo argentino, desea estar presente en la conmemoración del hecho histórico que ha modificado el mapa social de la historia.

Honrosos antecedentes jalonan este devenir. La Argentina fue la primera nación de América latina en iniciar vínculos comerciales, en 1918, con el joven Estado soviético. Hacia 1921, ante la sequía del Volga, nuestra solidaridad estuvo presente en la patria de Lenin. Personalidades como José Ingenieros, Aníbal Ponce, Besio Moreno, Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi, Enrique del Valle Iberlucea, Alfredo Palacios, Juan B. Justo, expresaron su admiración y apoyo a la primera revolución de obreros y campesinos.

La *perestroika,* fruto de un proceso crítico y autocrítico, se lleva a cabo no sólo para beneficio de la sociedad soviética, sino del de toda la Humanidad.

Ya con su primer decreto, el de la Paz, el naciente Estado soviético entraba en la historia defendiendo el primer derecho del hombre, el derecho a la vida. Desde aquellos lejanos tiempos, se ha demostrado día a día, ante cada circunstancia feliz o trágica de la vida soviética, que paz y socialismo son inseparables.

La *perestroika,* acción política que la realidad hizo inevitable establecer para poner en sintonía a la sociedad soviética con su potencial económico y espiritual, significan reinstalar ante el mundo el rol de vanguardia que desde sus orígenes detenta la URSS.

El proyecto de desarrollo económico y social al año 2000 convertirá a ese período, sin lugar a dudas, en **los 15 años que conmoverán al mundo**.

En este proceso las relaciones económicas, políticas y culturales de la URSS con el mundo cobrarán una importancia fundamental, y la Argentina no debe estar ajena a este desarrollo de integración.

Especialmente en momentos en que nuestra situación económica e internacional está condicionada por una deuda externa injusta y por ún mecanismo proteccionista que devalúa nuestro comercio exterior tradicional.

SARCU, como puente de intercambio cultural entre ambos pueblos, es un instrumento idóneo para profundizar las relaciones bilaterales en todos los terrenos y para que el pueblo argentino acceda a la multifacética vida soviética en la convicción de dar un aporte valioso a la causa común que nos une: **la paz y la amistad entre los pueblos**.

* *En la foto, manifestación por la paz en Moscú.*